

El método histórico de las generaciones: el caso de la psicología española

Helio Carpintero

Universidad Complutense de Madrid

Enrique Lafuente

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen

El propósito de este trabajo es realizar una aproximación a los orígenes y primer desarrollo de la psicología científica en España desde la teoría de las generaciones esbozada por Ortega y Gasset y posteriormente desarrollada por algunos de sus discípulos, singularmente Julián Marías, que la convierte en un fecundo instrumento de análisis histórico y social. En este trabajo se parte de la idea de generación como grupo de individuos nacidos dentro de una cierta «zona de fechas», que presentan en sus biografías una serie de rasgos comunes como resultado de vivir todos ellos a una misma altura del tiempo histórico. La hipótesis precisa que esa «zona de fechas» es de aproximadamente 15 años, siendo 1856, 1871, 1886, 1901 y 1916 (de acuerdo con la escala de las generaciones propuesta por Marías) los años centrales de las generaciones para el período aquí estudiado.

Con estos presupuestos se analizan los rasgos y contribuciones características de cinco generaciones de psicólogos españoles, desde la que cabe considerar como «generación fundacional» de 1856, hasta la, en cierto sentido, no menos fundacional generación de 1916, responsable de relanzamiento de la psicología española tras la guerra civil. Con ello se aspira a mostrar la pertinencia y utilidad de esta teoría y método históricos, que permitirían introducir una perspectiva «galileana» (Lewin) en el campo de la historia de la psicología española.

Palabras clave: historia de la psicología, psicología en España, teoría de las generaciones, método de las generaciones.

Abstract

The aim of this paper is to approach the origins and early development of scientific psychology in Spain from the point of view of the theory of generations as sketched by the Spanish philosopher Ortega y Gasset, and later developed by some of his disciples, particularly Julián Marías, who turned it into a valuable tool for social and historical analysis. A generation, according to the theory, is a group of individuals who were born within a common «zone of dates», and whose biographies share a number of features resulting from their living at the same level of historical time. Such zone or range of dates, it is further hypothesized, is of approximately 15 years length, being 1856, 1871, 1886, 1901, and 1916 their central dates (to mention only the period covered here), according to the scale established by Marías.

On the basis of these assumptions, an analysis of the features and contributions of five generations of Spanish scientific psychologists is here attempted, from the usually considered as «foundational» generation of 1856, to the, in a way, no less foundational generation of 1916, responsible for the relaunching of scientific psychology after the civil war. It is thus aimed to show the relevance and fruitfulness of a theory and method allowing to introduce a «Galilean perspective» (Lewin) into the field of Spanish history of psychology.

Keywords: history of psychology, psychology in Spain, theory of generations, method of generations.

La aplicación de la idea de las generaciones al estudio de la historia tiene un largo pasado y una mucho más corta historia, podría decirse, parafraseando la muy conocida frase de Ebbinghaus en relación con la historia de la psicología.

Es cosa sabida que la idea de las generaciones, como expresión de la mudanza de los tiempos, la hallamos ya en la Biblia, sosteniendo la comparación entre los hombres y las hojas de los árboles, que van naciendo y desapareciendo con regularidad. Pero, con todo, hay que esperar siglos y llegar al mundo de nuestro occidente contemporáneo para encontrar, desde un saber interesado en los problemas de la sociedad, una más precisa raigambre histórica del mencionado concepto. Marías ha trazado una historia detallada del tema a partir del siglo XIX, sobre la que no vamos a volver aquí (Marías, 1955).

Ha sido precisamente en España, gracias primero a las sustanciales reflexiones que le dedicara Ortega desde sus primeros estudios (1923, 1933), y luego a los desarrollos más sistemáticos y completos de P. Laín Entralgo (1945) y especialmente de J. Marías (Marías, 1949 y 1975), donde el tema ha logrado una organización teórica y una dimensión metodológica que han facilitado su acercamiento a la investigación concreta. No se olviden, tampoco, las precisiones que a propósito de la «generación del 98» hiciera al respecto P. Salinas (1935) y, bien que en tiempos más recientes, la literatura de debate en torno al problema de las aplicaciones que en el campo cultural

se han hecho al empleo de semejante concepto (Spitzer, 1973; Jansen, 1977; Rintala, 1979; Roberts y Lang, 1985; Rogler, 2002).

En nuestro caso, hemos venido propugnando la conveniencia y utilidad de la metodología generacional, argumentando sobre la base de un criterio estrictamente pragmático (Carpintero, 1975, 2004, 2005). El uso de las escalas generacionales tiene el efecto de ordenar con nitidez la evolución temporal de un campo de estudio, y tiende a sugerir desarrollos ulteriores de investigación, lo que, desde un ángulo estrictamente metódico, lo hace ser un método recomendable.

Por otra parte, la hipótesis generacional es un concepto fundado en principios del desarrollo individual, así como del juego de una serie de variables psicológicas de diversa índole. No obstante, los valores descriptivos y las posibilidades de sintetizar información no son el elemento último y característico de esta metodología. Son más bien sus potencialidades en orden a la inferencia de aspectos nuevos o complementarios lo que lo hace, en nuestra opinión, particularmente valioso e innovador.

Procuraremos, en las breves consideraciones que siguen, apuntar algunas de esas potencialidades que ofrece el método a los investigadores, y trataremos de ponerlo a prueba con materiales propios de la historia de la psicología española.

1. EL CONCEPTO DE GENERACIÓN

Una generación, de acuerdo con la teoría sistemática acerca de las mismas (Marías, 1949), representa una cohorte de individuos nacidos dentro de una cierta zona de fechas, y que por ello mismo tendrían «sociológica e históricamente la *misma* edad» (Marías, 1955). Ahora bien, la edad no es un mero índice cuantitativo; antes al contrario, esa cifra representa un nivel cualitativo de funcionalidad social. Las edades representan «fases» de la vida de los individuos, que introducen una dinámica dentro de la interacción social. Lo que llamó Marañón el «deber de las edades», y sus correlativos «derechos» (Marañón, 1966), marcan en cierto modo la función o rol social correspondiente a los diferentes niveles de desarrollo dentro de las biografías personales inscritas en un marco social, y dibujan un sistema de interacciones e influencias en que todas ellas se ven envueltas. Éstas aparecen cualificadas por las influencias vividas en juventud, y por su pretensión de hacerse con el poder y el control sociales y mantenerlos mientras ello es posible.

La visión generacional no es de índole estática. Su fondo último es en realidad una dinámica de conflicto. Cada generación sucede a las precedentes en medio de una inevitable tensión, y luego se afirma de igual modo ante las que le siguen. A cada edad corresponde un singular rol social en esa convivencia entre contemporáneos no coetáneos. Como dice Ortega,

todo 'hoy' envuelve en rigor tres tiempos distintos... tres grandes dimensiones vitales... trabadas unas con otras y, por fuerza, al ser diferentes, en esencial hostilidad (1933, p. 37).

Cada nivel de edad viene marcado por una singular altura del tiempo y una precisa relación con el poder social: una generación joven empieza desde sus 30 años a presionar para imponer su propia visión del mundo; otra adulta, ya instalada en los 45 años, ejerce el poder y resiste los embates de la anterior; en fin, una tercera, ya arribada a los 60 años, se bate en retirada social.

De esta suerte, las cohortes sucesivas van dando por hechas y ya vistas las innovaciones que protagonizaron los de la cohorte que les precedió, y tienden igualmente a sentir como amenaza la consolidación de las que tratan de imponer quienes vienen detrás buscando su relevo. Las generaciones se suceden y combaten como unidades modulares, marcadas cada una dentro del devenir histórico por las experiencias salientes del tiempo propio que ha ido dándoles el perfil singular que las individualiza.

2. LA UNIDAD GENERACIONAL

Ortega y Marías, defensores de una visión histórica del ser del hombre, precisaron la índole de la unidad generacional. Ésta vendría a representar un «acto» o paso en el devenir, así como el grupo de hombres que lo protagonizan. Las generaciones, precisa Marías, «son a la vez 'actos' y 'personajes', es decir, los 'quiénes' y los 'pasos' de la historia» (Marías 1955, p. 194). Dejando a un lado las peculiaridades individuales, los miembros de una generación encuentran ante sí un mismo mundo «ya hecho», y precisamente frente a éste se definen, sea para adoptar una posición favorable o continuista, o para rechazar sus contenidos y buscar su eliminación.

La similitud generacional no está dada por la coincidencia en el tipo de preferencias, o de rechazos, que los diversos individuos pueden exhibir en sus comportamientos. No se trata de una semejanza de inclinaciones o gustos. Se trata, en realidad, de semejanzas propias de sus mundos, esto es, de coincidencias nacidas del hecho de tener que tomar posición, positiva o negativamente, ante ciertos hechos o acontecimientos que caracterizan o marcan un tiempo –los «momentos auspiciosos de la historia» de Gergen (1973), o los «acontecimientos históricos cataclísmicos» de Rogler (2002)–, que fijan un nivel histórico. Uno de esos hechos definitorios, que marcan nivel, es precisamente la posesión del poder por la generación precedente. Por eso, tener que definirse frente a lo que ésta representa y defiende, o frente a quienes son sus líderes o epónimos, es un elemento clave a la hora de delimitar la unidad generacional que la sigue y marca su distancia frente a ella.

Se trata de un cierto conflicto de poder social definido por ciertas constricciones, de índole empírica, que han despertado numerosas críticas entre los investigadores (Kertzer, 1983; Jaeger, 1985). La idea de que en el tiempo actual coinciden al menos tres generaciones –los que asaltan el poder, los que lo ejercen y conservan, y los que están en el trance de perderlo– llevó a asignar tres niveles cuantitativos definidos: el final de la juventud y entrada en la primera madurez, en torno a los 30 años, y la salida o comienzo de retirada del mundo social, hacia los 60. Entre ambos límites quedaría un tiempo que vendría a estar ocupado por quienes ejercen con plenitud el poder: aquí se reunirían los miembros generacionales situados en el tramo vital que se extiende entre los 45 y los 60 años. Como resume Ortega, tendríamos entonces «dos etapas distintas de la vida, cada una de quince años: de treinta a cuarenta y cinco, etapa de gestación o creación y polémica; de cuarenta y cinco a sesenta, etapa de predominio y mando» (Ortega, 1933, p. 49).

Según esas estimaciones, que son de índole empírica y están condicionadas por el hecho de lo que ha venido siendo la duración media de la vida adulta en la edad contemporánea, vendría la unidad generacional a tener en torno a quince años, centrados alrededor de uno central. (Marías hizo ya notar hace muchos años que, al producirse una creciente longevidad de las últimas generaciones en el mundo occidental, debe de haberse producido un cambio, modificando la edad de retirada de la sociedad antes fijada en los 60 años.

Este esquema ha dejado de ser válido –decía–. Los hombres mayores de sesenta años y plenamente activos son hoy legión.

En consecuencia, sugería dos posibles cambios, que habría que tratar de confirmar en su caso: o la ampliación de ese espacio generacional, que de quince podría pasar a una cifra superior, tal vez dieciocho; o la incorporación a la escena de una generación más, la de los 75 años. Pero todo ello estaría por examinar y ajustar) (Marías, 1975; Berger, 1960).

Al acercarse a sus 30 años, cada generación vendría a darse de alta en su sociedad, esforzándose por hacerse con el poder y tratando de imponer aquellas actitudes y valores que han ido marcándola en las décadas de su formación. Los cambios generacionales son, pues, primariamente variaciones de actitudes y valores, y su sucesión vendría a constituir en cierto modo el entramado o textura del cambio histórico, que alcanza niveles decisivos en tiempos de crisis. Es una dinámica de valores vigentes y de estimaciones pasadas o por venir. De ahí la particular atención que se ha solido prestar a este cambio de estimativa, reiteradamente caracterizado como *generation gap* o salto generacional.

3. UN MARCO GALILEANO

Entendemos que es un hecho no irrelevante el que la doctrina generacional elaborada con considerable amplitud por Ortega en un curso de lecciones celebrado en 1933, y titulado *En torno a Galileo* como homenaje en el centenario de esta gran figura, se halla dentro de ese curso no de manera azarosa. Más sencillamente dicho: el método generacional en la historia representaría una clara introducción del punto de vista «galileano» en ese campo del saber.

El psicólogo Kurt Lewin, en 1931, había publicado una brillante comparación entre los modos de pensar galileano y aristotélico en la psicología contemporánea (Lewin, 1931). Sin entrar ahora aquí en detalles, este autor oponía desde luego la visión aristotélica, centrada en el estudio del sujeto o del organismo de un modo relativamente independiente de la situación, con la propia del galileísmo, en que la dinámica de los procesos «ha de derivarse siempre de la relación del individuo concreto con la situación concreta» (*id.*, p. 41). En otras palabras, mientras el aristotelismo, a juicio de Lewin, busca causas psicológicas «internas», el galileísmo considerará todo bajo la perspectiva de la interacción organismo-situación –o, diríamos aquí, de la relación yo– circunstancia.

La consideración generacional aparece entonces como un verdadero paso en la dirección de un «galileísmo» de la historia. La idea de que la historia haya de entenderse desde una esencial interacción entre los cambios de individuos y los cambios de mundo es precisamente lo que la idea de «generación» representa metodológicamente.

Ortega, en el curso mencionado, acentuaba la necesidad de llegar a construir una historia que no fuera mero empirismo acumulativo, sino una efectiva construcción intelectual. «La ciencia –decía allí– es construcción» (1933, p. 17). Y acto seguido, tras afirmar que en la mecánica la imaginación matemática ha prestado un servicio constructivo a la física, se preguntaba: «¿cabe una cuasi-mecánica de la historia?»; o sea, ¿cabe una cuasi-matematización del devenir histórico, que ordene e introduzca un elemento *a priori* en el tesoro de hechos que constituyen las *res factae*? Este sería sin duda el logro que una visión generacional de la historia podría hacer posible.

No se ha de pasar por alto el hecho de que la utilización de un esquema generacional permite, además, la formulación teórica de posibles cambios que habrían de haberse producido en determinadas zonas de fechas –alrededor del tiempo de cambio–, y que habrían de ser explorados sistemáticamente para confirmar o falsar la hipótesis. La fijación de momentos precisos de cambio, hecha en cierto modo *a priori*, introduce la posibilidad de anticipar la aparición de mutaciones en las biografías de los autores considerados, anticipaciones que han de ser puestas a prueba en su contraste con los datos empíricos.

Los esfuerzos por reconstruir una escala, claro está, son de naturaleza hipotética, incluso después de haber recibido ciertas confirmaciones empíricas. Y deben, por lo mismo, estar sometidos a continua revisión. Marías ha venido aplicando una escala que tiene como años centrales los de 1856, 1871, 1886, 1901 y 1916 (nos limitaremos aquí a estas cinco generaciones). Posiblemente el ensayo presente quede al cabo sólo como un intento en una tarea que podría y debería realizarse mediante una más amplia investigación sistemática. Pero todo requiere siempre un comienzo.

4. ÍNDOLE DE VARIABLES A CONSIDERAR

La formación de grupos de individuos u objetos en razón de sus semejanzas fenoménicas –y tal es el caso de las agrupaciones generacionales– demanda la adopción de una retícula de dimensiones y variables desde la que examinarlos.

A la hora de construir ésta, convendría tener presentes algunos puntos básicos:

- 1.º Una generación se va formando en sus primeros 30 años. Hechos de gran impacto social –guerras, cambios políticos, etc.– ocurridos durante ese tiempo pueden dejar su huella; en cambio, hechos culturales, descubrimientos, innovaciones artísticas o literarias, parece lógico que influyan desde un cierto grado de desenvolvimiento personal y educativo, es decir, cuando tengan lugar dentro del tiempo que media entre sus 15 y 30 años.
- 2.º La idea de que una generación «se da de alta» hacia los 30 años obliga a considerar cuidadosamente las manifestaciones públicas –libros, manifiestos, conferencias, acceso a cátedras o puestos significativos en la vida social– de quienes llegan a ese nivel de edad.
- 3.º La llegada de una nueva generación a la arena social, desde sus 30 hasta sus 45 años, estaría marcada, según esta manera de ver las cosas, por una cierta beligerancia frente al grupo social que tiene ya en torno a los 45-50 años, y que en principio hay que pensar que está en el pleno ejercicio del poder.
- 4.º Los conflictos intergeneracionales han sido considerados una y otra vez desde el ángulo del enfrentamiento de actitudes y valores. En las sociedades occidentales, habría que pensar que todos estos elementos se ordenan en un repertorio más bien limitado de categorías: tradicionalismo/individualismo; orden/libertad; ciencia/religión; creencias sobre temas de género (masculinidad/feminidad); modas literarias y artísticas...
- 5.º La salida del poder, pasados los 60 años, deberá por lo general ir acompañada de una reacción crítica y distante de las formas culturales y sociales dominantes impuestas por la generación que ahora está en el poder y que ha desplazado de esa posición a los miembros de la «generación en retirada».

- 6.º Toda escala, en fin, puede tener sus casos singulares, excepciones que no se ajustan a la norma general. Su análisis puede contribuir a precisar el sentido de las dimensiones afectadas por el cambio.

5. UN CUADRO HIPOTÉTICO DE GENERACIONES

Siquiera sea de modo esquemático, procuremos reunir los datos básicos que podrían apoyar nuestra interpretación.

5.1 *Generación de 1856. La introducción del positivismo*

Iniciaremos el repaso de estas unidades generacionales atendiendo a los rasgos y notas distintivas de la que tendría como centro el año de 1856. A ella pertenecen tres nombres fundacionales dentro de la tradición española en el campo psicológico: Santiago Ramón y Cajal (1852), Ramón Turró (1854) y Luis Simarro (1851).

Entre otros muchos nombres que habría que situar aquí, mencionaremos el de los grandes sabios (como «generación de sabios» la caracterizó precisamente Laín) Marcelino Menéndez Pelayo (1858), Leonardo Torres Quevedo (1852), Eduardo de Hinojosa (1852) y, en el campo más restringido de la psicología, el de Tomás Maestre (1857), discípulo y difusor de las ideas psicológicas de Cajal desde su cátedra de Medicina Legal de Madrid. Otros nombres dignos de mención son también los de Jaime Ferrán (1850), José Rodríguez Carracido (1856), Manuel Bartolomé Cossío (1858), José del Perojo (1852), Isaac Albéniz (1860) y Joaquín Sorolla (1863).

En el entorno de sus 15 años, este grupo de hombres y mujeres hicieron la experiencia de un profundo cambio político: la caída de Isabel II, la Revolución de 1868 y el surgimiento de la I República. La agitación de aquellos tiempos no fue sólo política, sino también muy claramente intelectual. Las nuevas ideas evolucionistas, el monismo haeckeliano, el positivismo y otras novedades científicas del momento cobraron difusión y vigencia entre los nuevos espíritus encendidos por la fe progresista de aquellos días. Piénsese que ese año de 1871 –quince años generacionales, veinte del protagonista– Simarro dio en Valencia una conferencia sobre el positivismo que iba luego a traerle graves inconvenientes con alguno de sus maestros. Evolucionismo y positivismo, de un lado, y progresismo político, de otro, dominan en la escena pública, y generan, al lado de encendidas adhesiones, movimientos de reacción conservadora, como la emprendida por Polo y Peyrolón contra el evolucionismo, o la de Menéndez Pelayo en defensa del catolicismo tradicional, que no habría contrariado en lo más mínimo el desarrollo de una «ciencia española», frente a lo afirmado por progresistas como Azcárate y otros (1876).

La llegada al poder de esta generación, hacia 1886 vendría marcada por el regreso de Simarro a Madrid, tras su estancia en París, y su establecimiento como psiquiatra que pronto cobra gran prestigio y comienza a enseñar en el Museo Pedagógico; Cajal, dos años después (1888), alcanza el enorme logro del descubrimiento de la neurona; y Turró, cuyo desarrollo científico lleva un ritmo mucho más lento, ha regresado hacia 1884 a Barcelona para comenzar su vida de investigador, abandonando el periodismo madrileño que en unos primeros momentos le había atraído.

El espíritu positivo va a inspirar la obra de los tres grandes nombres del ámbito de la psicología en esta generación, pero también la de figuras como Menéndez Pelayo, cuyo esfuerzo por conocer y estudiar los hechos de nuestra ciencia y nuestra literatura se terminan traduciendo en obras de gran interés teórico pero sobre todo de enorme información factual. Y es ese espíritu que asume una metodología empírica, y desde los hechos procura elevarse a las generalizaciones, el que va a permitir la creación de «escuelas» unificadas por el método en ellas dominante: la escuela de Cajal, la de Turró y, más tenue pero no carente de interés, la de Simarro, muchos de cuyos discípulos forman en las filas de la generación siguiente.

La generación de 1856, dijo Marías, es una generación de «instauradores», de iniciadores, y precisamente de iniciadores de campos enteros de la cultura y la ciencia contemporáneas (Marías, 1956). Husserl, Pavlov, Freud, Max Planck o el propio Ramón y Cajal, bastan ellos solos para fundamentar tal juicio.

5.2 Generación de 1871 o «Generación del 98»

Consideremos ahora la posible generación de 1871 y los rasgos que vendrían a caracterizarla. Téngase en cuenta que ésta es, precisamente, la que suele ser considerada como «generación del 98». En ella habríamos de incluir las figuras nacidas entre 1864 y 1878.

Por lo pronto, Unamuno (1864), Ganivet (1865), Valle Inclán (1866), Baroja (1872), Azorín (1873), Machado (1875) y Maeztu (1875). Pero también Menéndez Pidal (1869), Rafael Altamira (1866), Manuel de Falla (1876), Ignacio Zuloaga (1876) o Miguel Primo de Rivera (1870). En nuestro campo, hay una serie de nombres: José Verdes Montenegro (1865), Francisco Santamaría (1866), P. E. Ugarte de Ercilla, S.I. (1865), P. M. Arnáiz O.S.A. (1867), J. Besteiro (1870), M. Navarro Flores (1871), F. Herrero Bahillo (1871), F. Dalmau (1874), P. Francisco de Barbéns (1875) y E. Luis André (1876).

Este es un grupo que vendría marcado por ciertos hechos de su etapa juvenil, la de los quince años (1886). Por ejemplo, el crecimiento de la psicología científica, de la psicofísica y, sobre todo, de la obra de Wundt en Leipzig (cuyos *Éléments de psychologie physiologique* los publica en francés Alcan en París en 1886). Hacia sus veinte

años, vive la explosión del naturalismo literario (Clarín, *La Regenta* [1884]; Galdós, *Fortunata y Jacinta* [1886]; Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa* [1886]...); hay un fuerte movimiento social (fundación del Partido Socialista Obrero Español en 1879 y, en 1888, la UGT) y una reactivación del catolicismo social (León XIII, *Rerum Novarum*, 1891). También en ese momento la Generación de 1841 (la de Giner de los Ríos) ha alcanzado el poder y, entre otras cosas, ha logrado dar algunos pasos de resonancia social, como la creación de la Institución Libre de Enseñanza (ILE) (1876); Giner retorna a la Universidad en 1881.

La fecha precisa de sus treinta años es 1901, pero hay dos elementos a considerar: el Año de la Derrota (1898), con la carga emocional que lleva consigo, y la subida al trono de Alfonso XIII (1902). Los regeneracionistas llaman la atención de la conciencia pública: R. Macías Picavea (*El problema nacional*, 1899) y J. Costa (*Reconstitución y europeización de España*, 1900) ponen en primera línea de importancia la situación del país y, sobre todo, la urgencia de una reforma social.

Finalmente, la salida del poder tendrá lugar a sus 60 años: esto corresponde precisamente al año 1931, momento del gran cambio con la caída de la Monarquía y la llegada de una nueva República.

Un grupo importante de estos nombres gira en torno a Giner y la ILE. Esto supone la apuesta por una renovación cultural y social del país. Pero la ILE ha generado en torno a ella una reacción en contra que prolonga la oposición hecha por grupos católicos conservadores al Krausismo. Y ese catolicismo activo y a la vez conservador promoverá con decisión el retorno al tomismo y la Escolástica, con apoyos en grupos de mentalidad abierta a la cultura de la época como ha podido ser Lovaina.

De hecho, los nombres mencionados tienden a formar dos grupos: los institucionalistas, y ahí están Besteiro, Navarro, Herrero, Santamaría, incluso Verdes, todos interesados por la psicología de Wundt y sus aspectos experimentales, que traducen en sus manuales de enseñanza media (un lugar singular le corresponde a Luis André, wundtiano decidido y traductor de Wundt, experimentalista igualmente convencido, pero distanciado de Giner por historias personales); de otro lado están los escolásticos, preocupados por una psicología inspirada en corrientes espiritualistas, como Dalmau, Ugarte, Barbéns y, desde luego, estrechamente ligado a Mercier y la psicología científica de la Escuela de Lovaina, el P. M. Arnáiz.

5.3 Generación de 1886. Europeísmo y reacción anti-positivista.

La generación de 1886 reúne nombres egregios de la cultura contemporánea. Es la de José Ortega y Gasset (1883), Gregorio Marañón (1887) o Gonzalo R. Lafora (1886), entre otros nombres de sus efectivos integrantes. Es también la de Manuel Azaña (1880), Gabriel Miró (1879), Pablo Ruiz Picasso (1881), Eugenio d'Ors (1882),

Alfonso XIII (1886), Juan Ramón Jiménez (1881), Ramón Pérez de Ayala (1880), Nicolás Achúcarro (1880), Américo Castro (1885) o Pío del Río Hortega (1883).

El grupo se ve sometido, en su juventud, a la influencia del Desastre del 98 y las llamadas a la regeneración del país, lo que llevará a mirar activamente hacia Europa. En 1900 el promedio del grupo tiene en torno a quince años: es el momento en que E. Husserl y S. Freud publican obras capitales inspiradas en principios bien distintos del positivismo, que se ve estrecho e insuficiente para el conocimiento del hombre. Ha ido cobrando en Francia enorme importancia la figura de H. Bergson, un agudo crítico de la psicofísica anterior (*Matière et mémoire*, 1896); la importancia de las fuerzas biológicas impulsoras de los organismos hizo en los primeros años del siglo XX que el instinto apareciera como un concepto central, y con él, las aptitudes hereditarias de las especies y los individuos.

A los 20 años, esta generación encuentra ante sí una puerta hacia Europa, que es la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones científicas (1907). Muchos de sus miembros aprovecharán sus facilidades para ampliar su formación. Un impacto comparable ha tenido que ser la concesión del Premio Nobel de fisiología a S. Ramón y Cajal en 1906. Ello determina, sin duda, una orientación dominante hacia los temas de neuroanatomía y neurofisiología, al precio de una mayor desatención a la psicología.

Pero también por esos mismos años reciben el impacto de la nueva literatura del 98. Por un lado, lo que ésta representa como toma de conciencia de la realidad española; por otro, la renovación literaria que implica, de estilo personal con «calidad de página» (Marías).

Hacia 1916 –a sus treinta años–, se hace visible la importancia de la psicotecnia y de su examen de aptitudes de los individuos, que ha tenido efectos admirables en la selección de técnicos con motivo de la I Guerra Mundial.

Repasemos de un lado las figuras que pueden ser consideradas como psicólogos, siquiera sea *lato sensu*: Juan Vicente Viqueira (1886), Manuel Barbado OP (1886), Fernando María Palmés S.I. (1879), Rodolfo Tomás y Samper (1889), Domingo Barnés (1879), P. José Antonio Laburu S.I. (1887), Juan Zaragüeta (1883) y la primera psicóloga de nuestra tradición, Mercedes Rodrigo (1891).

De otro lado, hemos de considerar las figuras de intelectuales y científicos, médicos en su mayor parte, que han tenido interés y dedicación hacia la psicología, aunque sin abandonar su campo primario de trabajo. Sería el caso de José Ortega y Gasset (1883), Gregorio Marañón (1887), Eugenio d'Ors (1882), Alejandro Galí (1886), Gonzalo Rodríguez Lafora (1886), José Miguel Sacristán (1887), Roberto Nóvoa Santos (1885), Augusto Pi y Sunyer (1887) y Juan Negrín (1892).

Es importante en el grupo la atención hacia la psicotecnia aplicada a la educación. La cultivaron Tomás y Samper –elaborando instrumentos de estudio del esco-

lar-, Alejandro Galí (*La medida del trabajo escolar*), Fernando M. Palmés (gabinete psicopedagógico del Colegio de S. Ignacio, en Sarriá) y Domingo Barnés (trabajos sobre paidología). En ese contexto, no se olvide el amplio manual de Lafora sobre *Los niños mentalmente anormales* (1917). Un caso interesante es, precisamente, el de Mercedes Rodrigo, gran especialista en psicotecnia, que aparece colaborando frecuentemente con un miembro de la generación siguiente, José Germain, hecho que tal vez pudiera interpretarse como efecto de la posición desigual de la mujer en el mundo profesional de aquellos años.

Piénsese que en torno a los 30 años de la generación (en torno a 1916) se reúne un interesante grupo de primeras obras: la *Teoría psico-genética de la voluntad*, de J. Zaragüeta (1914); *Meditaciones del Quijote*, de Ortega, de 1914, y *El Espectador I*, de 1916, sin olvidar sus *Investigaciones psicológicas*, profesadas en 1916; el libro de Lafora sobre psicopatología infantil, ya citado, es de 1917; también entraría aquí el libro de Barnés *Fuentes para el estudio de la paidología* (1917); y el de d'Ors, tan característico, *La ben plantada* (1911). Y, claro está, en 1914 aparece el artículo científico de Viqueira en *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, «Lokalisation und einfaches Wiedererkennen».

Además, muy poco después, en 1920, ve la luz una nueva revista, los *Archivos de Neurobiología, Psicología, Fisiología, Histología, Neurología y Psiquiatría*, fundada y dirigida por Ortega, Lafora y Sacristán, en la que se reúne gran parte de los especialistas de la generación (A. Pi Sunyer, R. Nóvoa Santos, J. Negrín, P. del Río, J. Vicente Viqueira, además de los fundadores), junto a los nombres de Simarro, Cajal y Turró, de la generación anterior, y un nombre de la generación siguiente: E. Mira (en 1929 se incorporará como redactor jefe otro joven distinguido, J. Germain, coetáneo de Mira) (Peiró y Carpintero, 1981). Junto al protagonismo de los hombres de 1886, aparece visible aquí un espíritu «no-rupturista» sino «cumulativo», actitud bien explorada por Ortega y Marías como alternativa al rupturismo presente en otros casos (Marías, 1955).

Finalmente, es claro que la generación, como tal, pierde el poder mucho antes de llegar a sus 60 años. La guerra civil la afectó cuando llegaba a sus 50 años, y deshizo toda la organización social precedente. Es entonces cuando adquiere poder social muy grande el P. Barbado, precisamente porque su orientación escolástica, minoritaria, había sido premiada con el respaldo del poder político surgido de la guerra. En menor grado pero también beneficiado de su fuerte proximidad al pensamiento escolástico hallamos situado tras la guerra a J. Zaragüeta, uno de los contados supervivientes de la Facultad de Filosofía y Letras madrileña de preguerra, que mantuvo su posición académica tras el término del conflicto.

En general, esta generación orienta sus lecturas y busca sus maestros entre investigadores alemanes. Esta germanización intelectual estuvo potenciada por la ac-

ción difusora de cultura de la «Revista de Occidente», creada por Ortega. Ejercieron entonces gran influencia los trabajos de la Escuela de la Gestalt y de la psicología comprensiva de Spranger, así como la fenomenología. Y con ello hubo un descenso muy grande de la influencia de las corrientes positivistas, que inspiraban buena parte de la nueva psicología experimental europea y americana, lo que no dejó de influir en la naciente tradición española.

5.4 *Generación de 1901 («Generación del 27»). Eclecticismo teórico y psicotecnica aplicada*

Esta generación es la primera que ofrece nombres de psicólogos que han contribuido a la construcción efectiva de lo que es hoy la psicología contemporánea española. Bastaría para justificar este aserto la referencia inmediata a sus dos miembros más relevantes: Emilio Mira y José Germain. Los dos significan la llegada al nivel de la psicología como ciencia y profesión en nuestro país. Van, además, rodeados de otros nombres que representan aportaciones de importancia, bien en el campo de la teoría, bien en el de la práctica.

En el marco cultural general de nuestro país, esta es precisamente la que ha sido llamada «Generación del 27». La presencia en su seno de numerosos poetas de extraordinaria calidad, que además convivieron en amistad durante muchos años y que celebraron, de un modo claramente simbólico, el centenario de Góngora en 1927, marcó la cohorte con esa fecha. Es una fecha que, por otro lado, «casi» se ajusta a los 30 años de la entrada en el mundo social para hacerse con el poder. Estos 30 años se cumplen, ya de un modo riguroso, en 1931; se hubiera podido tomar ese año, con toda la carga significativa del advenimiento de la II República, para caracterizarla. Pero seguiremos aquí, como en todo lo anterior, ateniéndonos al año de nacimiento.

Miembros de esta generación son un extraordinario grupo de poetas: Dámaso Alonso (1898), Rafael Alberti (1902), Vicente Aleixandre (1898), Federico García Lorca (1898), Gerardo Diego (1896), Emilio Prados (1899), Luis Cernuda (1902), Manuel Altolaguirre (1906). También pertenecen a ella Pedro Laín (1908), Xavier Zubiri (1898), Enrique Lafuente Ferrari (1898), Juan Rof Carballo (1905), Juan José López Ibor (1906), Francisco Ayala (1906), José Gaos (1900), José Medina Echavarría (1903), Joaquín Xirau (1895), Federico Soto Yarritu (1906), Ramón Sarró (1899), Benjamín Palencia (1901), Salvador Dalí (1904), Luis Buñuel (1900)... Entre los políticos, cabe mencionar a José María Gil Robles (1898) y a José Antonio Primo de Rivera (1903).

En el ámbito de la psicología ya hemos mencionado a Mira (1896) y a Germain (1897). Añadiremos los nombres de José Mallart (1897), Francisco del Olmo (1907) y Ángel Garma (1904).

Como hemos indicado en otro lugar, los hombres de esta generación nacieron con el siglo XX. Encontraron el país en pleno ascenso cultural, ya en contacto con Europa, y muy particularmente relacionado con Alemania. Había en ese momento ya maestros españoles en una serie de disciplinas, tanto en ciencia como en arte y pensamiento. Pero también esta generación se encontró con lo que Ortega llamara una «España invertebrada»; el «particularismo» de los grupos sindicales y militares (Juntas de Defensa), y de los nacionalismos, desembocó algo más tarde en el golpe militar y la dictadura de Miguel Primo de Rivera, que suspendía el desarrollo democrático del país.

Esta generación está formada por verdaderos profesionales, dedicados al cultivo riguroso de una especialidad, en busca de una excelencia personal. En sus vidas, ese espíritu selectivo a la hora de ejercitar tareas y madurar proyectos se vio, no obstante, gravemente afectado por la guerra civil. En torno a los 30 años, cuando empezaban a ocupar puestos de poder social e iniciaban la aplicación de ese proyecto de innovación social en que una generación consiste, la guerra desbarató la escena: muchos se habrían de exiliar y de rehacer sus líneas personales de existencia; algunos (J. A. Primo de Rivera, F. García Lorca...) encontraron una dramática muerte temprana.

El grupo de psicólogos, de un modo u otro, ha encontrado poco después de alcanzar sus 15 años la llegada masiva de la obra de Freud, traducida al español desde 1922 en la clásica traducción de L. López-Ballesteros. Desde ese momento, habrán de adoptar ante la nueva doctrina una posición más o menos rígida, más o menos cercana o afín. Recuérdense los textos sobre Freud en las obras completas, con que las han acompañado Rof o Germain, así como los libros expositivos de Mira, Laín, o ya los directamente situados dentro de la ortodoxia analítica de Ángel Garma.

Los psicólogos estrictos –Mira, Germain, Mallart– han sido psicotécnicos, preocupados sobre todo de dar a la psicología una aplicabilidad social que asegurara su papel en la sociedad española. Además, han promovido publicaciones especializadas (*Revista de Psicología i Pedagogia*, de Mira, *Psicotecnia* y, sobre todo, *Revista de Psicología General y Aplicada*, de Germain y Mallart; pero también la *Revista de Psiquiatría y Psicología Médica de Europa y América Latina*, de Sarró, y las *Actas Luso-españolas de Neurología y Psiquiatría*, de López Ibor (Peiró y Carpintero, 1981). Y, en fin, Germain hace, con Mercedes Rodrigo, la adaptación y baremación para población española del test de Terman-Binet, mientras Mira construirá, de modo creativo e innovador, el test de personalidad PMK, y del Olmo desarrollará el Test Sabadell de habilidades intelectuales.

5.5 Generación de 1916. La generación de la guerra civil

La última de las generaciones a examinar aquí es aquella con que se abre el mundo contemporáneo de la psicología española, pues a ella pertenecen sus primeros

maestros universitarios. Yela, Pinillos, Siguán, Secadas, Úbeda o Pertejo, son las personas que pusieron en marcha los primeros departamentos universitarios de la especialidad, y sus discípulos y colaboradores han alimentado los cuadros de profesorado y los grupos de investigación que ha sido preciso crear desde el momento en que la psicología cobró rango de licenciatura universitaria.

Entre las figuras conocidas de la generación cabe citar a novelistas como Camilo José Cela (1916), Miguel Delibes (1920), José María Gironella (1917), Gonzalo Torrente Ballester (1910); el dramaturgo Antonio Buero Vallejo (1916); los poetas Luis Rosales (1910), Leopoldo Panero (1909), Gabriel Celaya (1911) y José Hierro (1922); los filósofos José Luis Aranguren (1909), José Ferrater Mora (1912) y Julián Marías (1914), entre otros. Y en el campo específico de la psicología, recordémoslo, José Peinado (1909), Manuel Úbeda (1913), Francisco Secadas (1917), María Eugenia Romano (1917), Miguel Siguán (1918), José Luis Pinillos (1919), Jesusa Pertejo (1920) y Mariano Yela (1921).

Es esta una generación cuyos 15 años se cumplieron, precisamente, en 1931. Es decir, es la generación que hizo la guerra civil, que se vio forzada a tomar partido por uno u otro bando, formando los batallones que entraron en liza, y que sufrió los rigores de la posguerra y, para muchos, también las penalidades y la tragedia del exilio (e.g., Guillermo Pérez Enciso [1917] o José Peinado, que desarrollarán toda o buena parte de su carrera en Venezuela).

La llegada, en 1931, de la república vino acompañada de una politización creciente, que entre muchos jóvenes difundió convicciones totalitarias, bien fascistas, bien comunistas, que luego se verían trasladadas al plano internacional en los tiempos del conflicto de la guerra fría que siguió a la II Guerra Mundial.

Intelectualmente, los jóvenes de esta cohorte recibieron por lo pronto el influjo de la filosofía de Ortega, convertido en los años de la república en un guía espiritual del país, aunque no sin discrepancias de los grupos antiliberales. A su través, llegaron los ecos directos de ciertos movimientos alemanes y centroeuropeos –la psicología comprensiva, la Gestalt, etc.–, mientras que era mínima la atención que se prestó al creciente conductismo americano. Por otro lado, recién terminada la guerra, en España se impuso una ideología conservadora de orientación reaccionaria, y en lo filosófico –y más en general, en las humanidades– se impuso un pensamiento escolástico cristiano, que iba a controlar la vida académica oficial durante algunas décadas, y que obligaría a muchos de los hombres de esta generación a adaptarse, al menos en lo formal, a esa exigencia de escolasticismo a que se veían forzados a plegarse para entrar en los cuadros de la enseñanza universitaria.

En el campo psicológico se dejó sentir con fuerza la influencia del Padre Barba-do y su psicología aristotélico-tomista, a la que hay referencias en varios de los libros de la nueva generación. Así en Yela (*Psicología de las aptitudes: el análisis factorial y las*

funciones del alma, 1956), Siguán (*Problemas humanos del trabajo industrial*, 1958) o Pinillos (*Introducción a la psicología contemporánea*, 1963), al tiempo que el P. Úbeda edita en dos volúmenes los trabajos del viejo dominico (*Estudios de la psicología experimental*, 1946-1948).

Los comienzos de la llegada de la generación al poder —los 30 años—, hacia 1946, se han traducido en la iniciación de una actividad psicológica institucionalizada. Los jóvenes que se iniciaban como psicólogos de modo formal encontraron un camino abierto en el núcleo que iba a dirigir José Germain en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), el Departamento de Psicología Experimental, donde Pinillos, Yela, Secadas y Siguán, con algunos compañeros (Pertejo, Úbeda...), pusieron en marcha trabajos de psicología aplicada y construcción de instrumentos de evaluación.

Es interesante notar que el grupo de «los cuatro» (Yela, Pinillos, Secadas y Siguán) no aparece plenamente maduro en la hora de sus 30 años, muy posiblemente porque las condiciones sociales en el país eran bastante adversas hacia la psicología. Siguán hace sus primeros estudios importantes de psicología del trabajo a finales de los años 50 (los citados *Problemas humanos del trabajo industrial*, 1958), y Pinillos no publica su *Introducción a la psicología contemporánea* hasta 1963. Habría que destacar que Yela sí ha empezado a publicar sus estudios sobre análisis factorial hacia 1949–1950, muy posiblemente impulsado por las condiciones de trabajo que encontró en su estancia en Estados Unidos, que le habrían empujado a iniciar sus publicaciones mucho antes que sus otros compañeros, que permanecieron en Europa a la hora de ampliar estudios. Así, uno de los trabajos más notables de Yela (a sus 28 años) aparecería en *Psychometrika* en 1949, con algunas de las ideas de que su autor se sintió más satisfecho.

Y cabría también señalar que hacia sus 45 años, esto es, hacia 1961, este grupo dio un nuevo paso público, que cabe simbolizar en el I Congreso Nacional de Psicología, organizado por la Sociedad Española de Psicología, ampliamente dirigido e impulsado por los nombres citados. También es el momento en que llegan a la cátedra universitaria Pinillos y Siguán (1962); poco antes lo había hecho Yela (1957) y algo después Secadas (1970).

No cabe duda de que los avatares de un grupo generacional, ciertamente, no sólo reflejan las vocaciones y motivaciones de los individuos, sino la estructura y capacidad de acción que hace posible la circunstancia. Un estudio minucioso de lo ocurrido con esta última cohorte, tan condicionada por la guerra como por la inicial falta de cauce social para sus vocaciones especializadas, podrá tal vez en el futuro ayudar a entender mejor el proceso de institucionalización de la psicología en nuestro país, al tiempo que ilustra sobre la dinámica «molecular» de las generaciones en una sociedad.

6. CONCLUSIÓN

La aplicación del método generacional a una serie de cohortes dentro de un campo social definido permite un análisis fino y detallado de su evolución. Relega a un segundo plano las similitudes estrictamente de escuela, frecuentemente sobrealoradas en estudios de historias de las ideas, y pone en primer término relaciones de índole estructural que vienen ligadas a factores cronológicos y situacionales. Concentra, además, la atención sobre posibles puntos de inflexión dentro de la corriente de cambios que la historia conlleva, e introduce una hipótesis estructural que la documentación empírica podrá o no confirmar.

La aplicación de esa perspectiva galileana a la historia permite un tipo de investigación en que ciertas hipótesis y condiciones estructurales previas cobran relevancia como instrumentos de indagación que introduce significación en el conjunto de datos empíricos y evita la adopción frente a éstos de una mera orientación descriptivista

Si es bien cierto que una investigación a fondo acerca de la evolución de actitudes, valores y tendencias dentro de una sociedad requiere un abordaje masivo sin el cual no cabe llegar a conclusiones sólidas, no lo es menos que estudios prospectivos como el aquí emprendido y otros previos ya realizados en este campo por nosotros apuntan a la significación que han tenido sobre el decurso de la psicología tanto los movimientos intelectuales de cambios de mentalidad (positivismo, antipositivismo, etc.) como los acontecimientos sociales de relieve que actúan, en cierto modo, como jalones de la historia.

En nuestro repaso de las generaciones psicológicas españolas, no cabe duda de que hay una serie de eventos que han tenido valor determinante a la hora de marcar la altura del tiempo: la revolución de 1868 y el advenimiento de la I República, la crisis de 1898, los ecos sociales de la I Guerra Mundial (1914), la caída de la monarquía y el establecimiento de la II República (1931), la guerra civil española (1936) y sus consecuencias ideológicas y políticas, constituyen una retícula de hechos con relevancia política, intelectual y social capaces de marcar el desarrollo espiritual de grandes grupos de gentes sometidas a tensión, la cual por otro lado se modula en función de la edad (y función) social de sus distintos niveles de coetaneidad.

Se necesitan sin duda más estudios que vayan creando un tapiz tupido de datos, en que entren las distintas dimensiones de la vida individual y colectiva. En la medida en que podamos ir sumando nuevos elementos al cuadro general, contribuiremos a crear una historia más inteligible, desde la que se pueda crecientemente dar razón de las semejanzas grupales y, también, de las individualidades señeras, enérgicamente distanciadas del contorno en que han tenido que hallarse.

Confiamos en que a este paso puedan seguir otros que corrijan, completen y en definitiva perfeccionen el cuadro de lo hasta aquí logrado.

Referencias bibliográficas

- BERGER, B. M. (1960): «How long is a generation?» *The British Journal of Sociology*, 11 (1), pp. 10-23.
- CARPINTERO, H. (1975): «Génesis y evolución de la psicología evolutiva», en *Del estímulo a la persona*. Valencia, Universitat de Valencia, 2002, pp. 137-150
- (2004): *Historia de la psicología en España*. Madrid, Pirámide.
- (2005): «La psicología Iberoamericana. Una perspectiva según el método histórico de las generaciones». *Revista de Historia de la Psicología*, 26 (1), pp. 41-56.
- GERGEN, K. J. (1973): «Social psychology as history». *Journal of Personality and Social Psychology*, 26, pp. 309-320.
- JAEGER, H. (1985): «Generations in history: Reflections on a controversial concept». *History and Theory*, 24 (3), pp. 273-292.
- JANSEN, N. (1977): *La teoría de las generaciones y el cambio social*. Madrid, Espasa-Calpe.
- KERTZER, D. I. (1983): «Generation as a sociological problem». *Annual Review of Sociology*, 9, pp. 125-149.
- LAÍN ENTRALGO, P. (1945): *Las generaciones en la historia*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- LEWIN, K. (1931): «The conflict between Aristotelian and Galilean modes of thought in contemporary psychology», en *A dynamic theory of personality. Selected papers*. New York, McGraw-Hill, 1935.
- MARAÑÓN, G. (1966): *Ensayos liberales* (6.^a ed.). Madrid, Espasa Calpe.
- MARÍAS, J. (1949): «El método histórico de las generaciones», en *Obras*, VI. Madrid, Revista de Occidente, 1961.
- (1955): «La estructura social», en *Obras*, VI. Madrid, Revista de Occidente, 1961.
- (1956): «La generación de 1856», en *Generaciones y constelaciones*. Madrid, Alianza, 1989, pp. 243-251.
- (1975): *Literatura y generaciones*. Madrid, Espasa Calpe.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1923): «El tema de nuestro tiempo», en *Obras Completas*, III. Madrid, Revista de Occidente, 1947.
- (1933): «En torno a Galileo», en *Obras Completas* V. Madrid, Revista de Occidente, 1947.
- PEIRÓ, J. M. y H. CARPINTERO (1981): «Historia de la psicología en España a través de sus revistas especializadas». *Revista de Historia de la Psicología*, 2 (2), pp. 143-181.
- RINTALA, M. (1979): «Generaciones políticas», en D. L. Sills (dir.), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, 5. Madrid, Aguilar, pp. 91-94.

- ROBERTS, C. W. y K. LANG (1985): «Generations and ideological change». *The Public Opinion Quarterly*, 49 (4), pp. 460-473.
- ROGLER, L. H. (2002): «Historical generations and psychology. The case of the Great Depression and World War II». *American Psychologist*, 57 (12), pp. 1013-1023.
- SALINAS, P. (1935): «El concepto de la Generación Literaria aplicado a la del 98», en *Literatura española siglo XX* (2.^a ed. aum.). México, Antigua Librería Robredo, 1949, pp. 26-33.
- SPITZER, A. B. (1973): «The historical problem of generations». *The American Historical Review*, 78 (5), pp. 1353-1385.

